

así al culto del Estado, en que se resuelve la actuación de todas las dictaduras de la época.

Luchar porque cada quien viva de su trabajo, porque desaparezcan los privilegios que no se amparan en el mérito, implica un empeño paralelo al de lograr una mayor liberación humana. La resolución del problema económico debe entenderse como un medio y no como un fin. Porque el hombre deja de serlo cuando pierde la posibilidad de pensar con independencia y con decoro. Por eso la bandera de la juventud actual debe ser la defensa de los fueros de la personalidad, amenazada por una nueva barbarie.

Como amigos del pueblo, como demócratas cumplirán los jóvenes su misión moderna. Demócratas en el sentido político y en el concepto económico. En buena hora que se colabore en el proceso de una distribución de la riqueza adecuada a los merecimientos de las gentes. Ello no debería ser obstáculo para juzgar las instituciones gubernativas como simples instrumentos al servicio de una finalidad superior que se finca en lograr personalidades más nobles, hombres más capaces, voluntades más generosas y vocaciones mejor orientadas.

Con el peligro de la nueva barbarie, se confunde la campaña que pretende destruir las bases de la civilización cristiana. Y al decir cristiano, queremos ponernos por encima de toda restricción confesional; al margen de las iglesias oficiales. El cristianismo constituye la solución humana más alta al problema de la conducta. Fue el cristianismo el verdadero precursor de la democracia, porque a Cristo se debe la afirmación de que todos los hombres son de noble substancia, y al cristianismo corresponde hacer fecundo el mensaje de que no existen pueblos elegidos.

Sobre la democracia ha venido dejando caer la hiel de su impotencia, toda una serie de críticos mezquinos, de angosta comprensión mental; pero el régimen democrático sigue su trayectoria, reclamando la mayor categoría moral, el respeto auténtico de cada persona. Así, para vivir la democracia, se hace necesario el don de entusiasmo que es llama encendida en los pechos jóvenes, sin el cual ninguna cruzada grande puede consumir su obra.

Sobre la nueva generación mexicana se manifiestan los más encontrados factores, encaminados a desvirtuarla y corromperla. Por el rumbo pseudo-revolucionario y radicalizante, cegar las mejores energías jóvenes, castrarlas, ciñéndolas dentro de los cuadros de la política electoral al uso. Por parte de las derechas, la ciega tendencia de organizar grupos secretos que acostumbran a los jóvenes a simular la defensa de ideas que en el fondo repudian, y a arrogarse la representación totalitaria de la juventud, con la pretensión de determinar un retorno históricamente imposible. En ambos casos se niega a la juventud iniciativa y personalidad; pero lo más peligroso es la exal-

tación del Estado como divinidad moderna. Alrededor de estas influencias aparece el tipo de maneras obscuentes, burocratizado y abyecto, o la torva figura del esbirro, o la imitación del demagogu logrero y oportunista, que no tiene otra fraseología que todas las vulgaridades y ramplonearías de un izquierdismo convencional.

Nada produce tantos perjuicios, desde el punto de vista moral, como el ascenso a los cargos públicos que presuponen preparación y responsabilidad, de jovenzuelos audaces e improvisados en el estercolero de la adulación, que acaban por convertirse en una verdadera calamidad social. El arribismo como técnica para triunfar en la vida, da lugar a la negación de toda jerarquía, al abandono de las superioridades legítimas que es característico de todos los períodos de descomposición.

Todavía México está esperando a la generación honesta y despejada que oriente sus destinos, y ayude a la patria a liquidar el lastre de servilismo, consubstancial de nuestro desarrollo político. Ante la juventud de los campos, las fábricas y las escuelas, nos preguntamos con profundo apremio: ¿Hasta cuándo?

De Más.—México, D. F.

Medidas y Valores

Por THOMAS MANN

El insigne autor alemán, desde su exilio, declara en una nueva revista titulada "Standards and Values", que la Dictadura ya ha fracasado. Para los líderes del Reich de ahora, la verdad y la mentira no se diferencian.

El artículo siguiente señala la iniciación de Thomas Mann, autor alemán, expatriado voluntariamente desde el año de 1913, en las filas de la oposición activa, militante, a la Dictadura de los nazis. Titledo "Mass und Wert"—este artículo se publicó en una nueva revista alemana que ostenta ese mismo título, editada por el doctor Mann, la cual vió la luz en Zurich, Suiza. El artículo ha sido traducido del alemán original al inglés, por Mrs. Eugene Meyer.

AL mencionar este título hemos notado algunas expresiones desagradables que parecían decir: ¿Por qué tan cortés y tan "conservador"? "¿Por qué tan esotérico y tan serio?" "¿No podría usted haber encontrado un encabezamiento más enérgico, más provocador, más persuasivo, como título para una revista alemana, la cual, en época como la actual, tiene la oportunidad y la resolu-

ción de sentar cátedra con absoluta libertad?" "¿A quién espera usted atraer con un título tan refinado y tan académico en esta nuestra era en la cual prevalecen los métodos más ingeniosos de la publicidad, y en que la más insidiosa propaganda revolucionaria se concreta a decir y a aconsejar: "ataquemos"; "avancemos", o si no: "La nueva aurora", o que por lo menos, pretende vencer apelando a esos métodos?"

Pues bien: estamos perfectamente convencidos de que muy pronto será imposible atraer a nadie con toques de trompetas que anuncien triunfos engañosos, ni con promesas de una nueva aurora; se convertirán en una abominación—en objeto de desprecio—y en realidad ya lo son para jóvenes y para viejos. El vocabulario empleado por la Revolución ha caído en irremediable desgracia, está comprometido y se ha hecho completamente ridículo, desde que el demagogo lo ha adoptado para usarlo, desde hace más de una década, con el objeto de hacerse pasar por revolucionario. Es éste un mundo hipócrita, de imitación bastarda, al cual estas banderas desplegadas al viento nos llaman, precisamente en contraposición al mundo de calidad, de distinción y de arte, en el cual nacen las palabras simbólicas que nos sirven para definir nuestras aspiraciones y nuestras creencias.

Porque ellas son ante todo símbolos artísticos y conceptos, estas dos palabras—*Medidas y Valores*—. Las medidas implican el método, el orden y la luz—la música de la creación y de quienes se dedican al trabajo creador. Estos también han sido obtenidos con gran esfuerzo—han sido arrancados de las entrañas del Caos. Son la negación misma de la Barbarie, el triunfo de la forma, el triunfo de la Humanidad. Y en ninguna forma implican moderación ni mediocridad.

El Arte por encima de todas las cosas se encuentra en la región de lo desconocido, del atrevimiento: perpetuamente llega hasta los extremos y jamás carece de esa "calidad de la audacia" sin la cual, según afirmaba Goethe, "no es posible concebir el talento". El Arte aborrece la mediocridad, así como aborrece igualmente el clisé barato, lo trivial, lo insípido, lo estúpido.

El Arte es la calidad misma: es exigentísima, siempre descontenta y las medidas que lleva dentro de sí son las que se aplican a todas las cosas. El Arte es la balanza finísima en la cual lo peligroso tiene que pesarse porque bien pronto esa balanza o esa medida se convierte en algo más que la medida del buen gusto; determina los valores que llegan mucho más allá, los valores que preceden y que constituyen la base de la Estética; sirve de medida exacta para el valor mismo en su forma más sustancial y en el sentido más fundamental de la palabra.

"Hoy en día"—decía Goethe, el artista—"lo único que debe importarnos es cuánto pesa un hombre en la balanza de la Humanidad. Todo lo demás es insignificante".

Deseamos ser artistas y antibárbaros. Deseamos honrar las Medidas y defender los Valores—amar la libertad y la intrepidez y despreciar la vulgaridad—despreciarla más y mucho más hondamente, cuando se la exhibe utilizando la mendacidad que levanta a las Masas en nombre de la Revolución. Porque, a pesar de la opinión de ciertos intelectuales de sociedad que alegan que el Arte ya ha tocado a su fin sobre nuestro Planeta, que su futilidad literaria se ha demostrado plenamente—que el Arte es solamente imitativo y que carece de la capacidad para iniciar transformaciones—, de que es solamente una válvula de escape sentimental de la lucha y de la responsabilidad, creemos por el contrario que el Arte como manera de pensar y como concepción humana, jamás ha sido más inspiradora ni más eficaz, sí, ni más saludable función en nuestra vida como lo es hoy en día.

Siempre encontramos en el Arte el paradigma de todo lo humano, y en el Artista el apogeo mismo de la humanidad, es decir, de la Humanidad apreciada como tal y en su forma abstracta. Y estamos convencidos de que la apreciación de la humanidad que ha comenzado a revivir hoy en día a través de sus tremendos sufrimientos; este sentimiento rejuvenecido, humanamente religioso, provocado por lo misterioso, por el enigma fascinador de los nexos del hombre con el mundo espiritual y con la Naturaleza; éstos no han disminuído en lo más mínimo, debido al interés especial que en nosotros despierta el Arte.

El Arte humano y los sentimientos humanitarios

El amor al Arte, el interés que el Arte despierta, no disminuye sino que, por el contrario, intensifica estas emociones y les proporciona un aspecto nuevo, más luminoso, que inspira mayor reverencia. El Arte es intensamente humano, intensamente humanitario—porque es mediador entre el espíritu y la vida—, y no podríamos caer en un error mayor que en el de apreciar su ironía—la ironía que implica toda mediación—, como escape nihilístico de toda lucha, de todas nuestras obligaciones humanas.

Es el dichoso deber del Arte penetrar dentro de la Naturaleza con humanidad, y tomar de la Naturaleza misma cualesquier cosa que necesite para la intensificación creadora de la vida. El Arte es el encendimiento de la llama del espíritu dentro de la materia, el instinto natural hacia la humanización, es decir, hacia la espiritualización de la vida (porque ese instinto indudablemente existe). ¿Cómo podría entonces el Arte haber caído en decadencia en esta época, y en este mundo en que vivimos, cuyo problema principal, el cual no hemos hecho nada para resolver, debido a nuestra timidez, si es que aspiramos a mejorar y a continuar ascendiendo, es, precisamente, éste:

la penetración de lo material con lo humano—la humanización de la vida, por medio de su espiritualización?

Base de la fe artística

La base especial de nuestra fe en la misión inspiradora del Arte en nuestra época, descansa sobre la unidad de la tradición, y sobre la renovación que ella representa intrínsecamente, es decir, en su calidad de tradicionalismo revolucionario. "El artista", dice Goethe, "debe tener algún origen", "debe saber de dónde es que surge". Esas son palabras aristocráticas, palabras de fe y de orgullo en la historia del desarrollo artístico personal, en todo lo innato y lo heredado, en la temprana experiencia y en las dotes espirituales.

Pero quien dijo esas palabras, también dijo: "Desechad todo lo muerto e inútil, y amemos todo lo que tiene vida". Y en 1823, cuando en una reunión social en su casa alguien brindó muy a estilo burgués, por el "recuerdo", el anciano, inesperadamente, se encolerizó:

"Me niego a reconocer ningún "recuerdo"—en el sentido en que usted ha empleado esa palabra" dijo en voz alta. "No es más que una manera muy inadecuada e incómoda de expresarse uno a sí mismo. Cualesquier encuentro que hayamos experimentado con lo grande, con lo bello o significativo dentro de la Naturaleza, no debemos recordarlo, ni tampoco perseguirlo externamente; por el contrario—deberemos incorporarlo a nosotros mismos desde un principio y convertirlo en parte de nuestra propia naturaleza, para que conciba dentro de nuestro ser un más nuevo y un mejor *Yo* y para que continúe eternamente dentro de nosotros como fuerza creadora y ennoblecedora. No existe pasado que debamos aspirar a re-crear: sólo existe lo eternamente nuevo, lo cual se forma del ensanche de los elementos del pasado: y la aspiración genuina debe ser siempre productiva para que pueda crear siempre algo nuevo y algo mejor".

Revolución conservadora

Palabras gloriosas que demuestran tremenda cólera contra el sentimentalismo y contra la piedad equivocada! Palabras que simbolizan realmente un sentido artístico ejemplar y legítimo. Porque el Arte no es más que esto; lo nuevo que se forma del ensanchamiento de los elementos del pasado; es invariablemente inclinado hacia la tradición—y al mismo tiempo progresista, aristócrata y revolucionario—todo a un mismo tiempo; es en su esencia misma algo que puede servir como modelo para el Tiempo y para la Vida—es una revolución conservadora.

¡Revolución conservadora! ¿Qué es lo que la estupidez, la mala voluntad, la estudiada agresión brutal han hecho con este lema, el cual surgió de entre intelectuales y de artistas? ¿Cuánta perversión

de la juventud, cuántas barbaridades, cuánta destrucción de la libertad! ¡Cuánta criminalidad vulgar! No la han interpretado como genuina aspiración hacia lo nuevo y hacia lo mejor estos hombres de malos pensamientos y de malas acciones. Para ellos, una "revolución" "conservadora" ha significado una revolución encaminada a conservar lo prostituido y lo vil, un régimen de terror, para impedir a todo trance el triunfo de los valores vivientes, imperativos y esenciales, porque prefieren la más asquerosa infamia.

Buscando la renovación de la intuición

La restauración de la apreciación justa y exacta, libre de equivocaciones y de destrucción, constituye nuestro más ardiente deseo. La recuperación sobre todo de la confusión mental y del colapso de la jefatura moral que ha prevalecido, nos parece ser el problema mental más imperativo y que exige más buena voluntad. Así se explica claramente nuestro título. Es perfectamente cierto que las Medidas y los Valores han dejado de hacer papel importante en nuestra época. Hoy en día las naciones, los grupos, los partidos y los dogmas afirman y persiguen su significación subjetiva, irrestricta—y en la estúpida lucha a muerte, sin tregua, que está despedazando al mundo, todo criterio superior, humano, arraigado, ha caído en espantoso olvido.

Influencia del conservatismo

Semejante esfuerzo tiene tanto de conservador como de revolucionario. Es conservador en el sentido de que trata de conservar todo lo que hasta ahora se ha considerado la dignidad de la humanidad—o sean las Medidas y los Valores extrapersonales, extrapartidarios y extraraciales. Es conservador hasta el extremo de que trata de conquistar mentalidades, corazones y voluntades en pro de llegar a la adopción de estas medidas ultrapartidaristas y muy humanas.

Por otra parte, este esfuerzo es revolucionario porque se niega a aceptar estas normas del pasado sin examen crítico, bajo ningún pretexto, sino que las pone a prueba con toda sinceridad para adaptarlas a la situación actual.

¡La sinceridad!, allí encuentran, tanto el Arte como la Moralidad, un campo verdaderamente neutral. No somos ni estetas ni antimoralistas orgullosos. La palabra "buena", cuando se aplica a cualquier obra de arte, jamás tiene únicamente un significado exclusivamente estético; nada es "bueno", y menos en nuestros días, a menos que haga sentir su peso en la "Balanza Humana"—y todo lo que es bárbaro no solamente es moralmente inferior, sino que es también antiestético y despreciable. El lazo de unión más íntimo que existe entre el artista y el moralista, es su mutuo

desprecio y el asco que ambos sienten por la mentira.

El problema de la Verdad

“Todos los preceptos legales y morales pueden reducirse y condensarse en uno solo: en la Verdad”. He ahí la voz del artista, citando nuevamente a Goethe, el cual no era ni teórico ni radical, sino que amaba la Vida. Sentimos tan poca ambición por ser intelectuales-radicales, como por ser estetas. La moralidad está fuera de lugar en el campo teórico. Está sujeta a la experiencia. El problema de la Verdad, como idea absoluta, y en su determinación al través de la experiencia, la Verdad en la eternidad y en la evolución, es problema realmente muy serio para la humanidad.

“¿Qué es la verdad? Esa es la pregunta, no solamente del romano mundano y escéptico, sino también la de la Filosofía misma y la de todo espíritu crítico que tenga conciencia propia. Si este espíritu es la conciencia de la Vida, entonces también es su propia conciencia; se da perfecta cuenta de su propia responsabilidad, en lo que a la Vida respecta. Un espíritu semejante se siente bien dispuesto para con la Vida y confiesa que la Vida necesita de esa Verdad, que le es útil, y que la ensancha.

“Solamente lo que engrandece la Vida es lo cierto”. Esa sentencia puede considerarse válida. Pero para no apartarse de la moralidad, para no hundirse en un abismo de cinismo, debería completarse con esta otra: “Solamente la Verdad ennoblece la Vida”.

El deber para con la Verdad

Si la Verdad no se establece para siempre—si es inconstante—, entonces, el ser humano inteligente deberá sentir interés más profundo, más concienzudo y más sensitivo, proporcionalmente. Deberá permanecer alerta al desperezamiento del espíritu mundial y a las transformaciones en los aspectos de la Verdad, a la Justicia y a las necesidades de los tiempos, sin mentar la divina voluntad que la persona espiritual tiene que obedecer, sin importarle el odio de esas mentalidades escasas, timoratas y encallecidas, las cuales solamente tienen interés en la preservación de todo aquello que se ha convertido en falso y que se ha degradado.

Como problema que exige no solamente esfuerzos concienzudos y valor moral; he ahí cómo la búsqueda de la Verdad se presenta a los virtuosos y a los que sienten un razonado temor de Dios. Pero, ¿qué es lo que está pasando hoy en día? En este momento, en medio de Europa, un vergonzoso pragmatismo se ha establecido, el cual se niega a reconocer la diferencia entre la Verdad y la Mentira, que niega al espíritu mismo, a nombre de la conveniencia y que comete o

que aprueba crímenes cometidos sin el menor escrúpulo, con tal de que le sean útiles o de que le parezcan ser útiles: pragmatismo que no huye de la idea de lo falso, sino que acepta la falsedad misma con la misma facilidad que la verdad, si acaso coincide con sus necesidades.

Una apreciación de la Justicia

Y puesto que toda Moralidad depende de la Verdad, y siendo la Verdad y la Justicia una misma cosa—y la Justicia únicamente la aplicación de la Verdad—el tipo humano que ha descubierto este sistema de Ética afirma ahora frente al mundo civilizado: “la Justicia es lo que resulte ser de utilidad para nuestro país”.

Eso es sencillamente vergonzoso. No hay nada más vergonzoso—porque esto es la vergüenza personificada, y fuente de todas las vergüenzas. La inmoralidad y el filisteísmo resultan así íntimamente ligados; es la quintaesencia misma del Mal; es el Barbarismo. Y puesto que se ha expresado a sí mismo en alemán, no basta que haya sido contradicho en varios idiomas extranjeros; la Oposición también deberá ser alemana—y la necesidad impuesta por esta Oposición, por sí sola, justificaría ampliamente la fundación de una publicación alemana independiente y libre.

Goethe declaraba: “Prefiero la Verdad destructora, al error constructivo. La Verdad dañina es útil porque solamente puede causarnos daño temporalmente, y nos conduce hacia otras verdades que forzosamente tienen que sernos más y más útiles; por el contrario, un error útil es dañino, por el hecho de que su utilidad es solamente momentánea, y porque de ahí nos conduce hacia otros nuevos errores, los cuales se vuelven, progresivamente, más y más dañinos”.

La Verdad es la salvación

Esto no es intelectualismo ni un idealismo exagerado, sino que es la apreciación de la Verdad, como la verdadera salvación de la Vida.

Ese mismo insigne autor alemán dijo, también: “El patriotismo prostituye a la Historia”, sentencia que representa la contradicción absoluta, completa, de este método degenerado de pesar la Verdad y la Justicia. Es la voz de la grande, la libre, la espiritual Alemania, la cual fue amada por todos los pueblos de la tierra y a la cual pertenece realmente el patriotismo que nosotros sentimos.

Se nos dice que Alemania se encontraba en la impotencia, pero, si sus derechos mundiales y su potencia política se encontraban en peligro, ¿para qué hablarnos de humanidad? Era absolutamente necesario ser duros, ejercer toda la fuerza de la voluntad nacional, violentarse uno a sí mismo, matar heroicamente nuestra conciencia y, conscientemente, y con férrea voluntad, pesar la

Justicia y la Verdad contra la Necesidad. Pues bien, la creencia de que en aras de la política y del poder deba uno traicionar su propio carácter en forma tan violenta y tan viciosa, implica tan inmenso desprecio por la política, que surgen profundas dudas con respecto al talento de una raza que, por otra parte, posee gran talento para la política y para el ejercicio del poder.

La torpeza política de Alemania

Un francés acuñó esta satírica frase: "Cuando un alemán desea demostrar su donaire, se tira por una ventana". Pues hace exactamente esto mismo, cuando de política se trata. Asimismo, tiene la firme creencia de que debe despojarse de su naturaleza humana, cosa que ninguna otra raza de la tierra cree. Que debe existir un eslabón de unión entre la política y la moral, entre la fuerza y el derecho—que pueden perfectamente hermanarse, es absolutamente inconcebible para él—tan grande es el desprecio que siente por la política. Para el alemán, la política no es más que maldad purísima, y en consecuencia, trata de ser extremadamente diabólico, adoptando el deshumanizado *Weltanschauung*, lo cual, desgraciadamente para él, excita solamente tremendo horror y, mucho tememos, también el ridículo del universo entero.

El olímpico desprecio que esta raza siente con respecto a la política se revela más claramente en el tipo de la persona a quien confía la revelación y la ejecución de este desnaturalizado *Weltanschauung*, es decir, la jefatura y la dirección de sus asuntos políticos, quien debe resolver todos los problemas del "nacionalismo" y de la *Macht-politik*, respecto de lo que es legítimamente alemán y de lo que no lo es.

Retraimiento de la cultura

No diremos una palabra más respecto de él, a excepción de esto: su escogencia es prueba inequívoca del tremendo pesimismo de la actitud de la nación con respecto a la política, y debemos añadir que éste es el origen del cisma que se ha producido entre la autoridad y la intelectualidad que caracteriza la trágica separación, el hondo abismo que media entre el Estado alemán y la cultura alemana. No necesita uno más que pensar en el frío aislamiento de Goethe durante la revolución, en la desesperada denuncia que Nietzsche hizo respecto del *Reich*, en el amargo e inexorable "no" pronunciado por Stefan George respecto de la Alemania moderna, y de su tumba que se encuentra en Suiza.

Nos negamos a creer en la necesidad de que exista esta brecha, este alejamiento, y no dejaremos de abrigar la esperanza y, según nuestras capacidades, ayudaremos a prepararnos para el advenimiento de un Poder alemán y de un Es-

tado alemán en el cual los intelectuales de Alemania puedan gustosamente participar, realizándose así una totalidad genuina y verdadera.

La totalidad—solamente existe una—, la totalidad humana y humanitaria, de la cual la filosofía social y política es apenas una parte, una provincia. El ciudadano alemán no sabía esto. Creía que podía abstenerse de la política por el bienestar de su espíritu y de su educación—"zafarse de debajo de ella"—, como Ricardo Wagner acostumbraba expresarlo, y precisamente de esta equivocación, de que era factible y posible ser un *Kultur-mensch* apolítico, han nacido gran parte de las desgracias de que padece nuestra Alemania.

De extremo a extremo

¿Será imprescindible que el alemán vaya siempre desde un extremo hasta el extremo opuesto? ¿Haciendo un ensayo grotesco por corregir su error, para probar una meticulosidad que revela extremada exageración y desgraciada carencia de equilibrio humano; tendrá ahora que enamorarse de la idea de una política totalitaria, y de un Estado totalitario? Porque indudablemente, esto resultaría mucho peor que su anterior negligencia respecto de la política—la cual puede haber sido una ofensa contra la integridad del ser humano individual—; pero, por otra parte, la inclusión forzosa de todo lo humano dentro de la esfera política constituye un verdadero crimen que no puede producir otra consecuencia que más crímenes.

Creemos que ya comienza a vislumbrar el pueblo de Alemania lo absolutamente inadecuada que resulta la política totalitaria para esa nación. Que pueda ser una necesidad emotiva para ello, resulta completamente increíble. La soportan, ateniéndose a la teoría de que han sido condenados a soportarla. Sumisos, aunque agitados por emociones antagónicas, permiten que sus líderes los reglamenten; esa gente que, como bien sabido es, siempre ha amado la Verdad y la Justicia, y también la Libertad. Es perfectamente claro que mediante sus acciones inhumanas tendrán que entrar en conflicto con toda clase de libertades. Pero la libertad del cristiano debe chocarles más que cualquiera otra; pues esa es la única explicación respecto de la tentativa que han hecho para "conquistar al Cristianismo".

Espectáculo bien indecente

He ahí un espectáculo indecentísimo. Y en un órgano de publicidad alemán nos parece que es, precisamente, en donde debe consignarse una protesta en contra. Y mientras más lógico resulte y parezca que los estadistas y los políticos que atropellan y que tergiversan la Verdad y la Justicia—como lo hace esa gente—, tengan que chocar

con los cimientos cristianos de nuestra civilización occidental, se hace más necesario declarar y proclamar que los que ahora se han hecho cargo de revisar y de renovar estos cimientos son los menos aptos para emprender semejante tarea, haciendo caso omiso de sí los procesos de nuestra evolución mental, lo aprueban o lo rechazan.

Resulta absolutamente imposible conquistar al Cristianismo mediante la rebajación del nivel moral hasta dónde éste ha llevado a la raza humana. La única forma de poder hacerlo sería trascendiendo ese nivel; pero estos descarados propagandistas de su caída nos parece que carecen de capacidad para hacerlo.

Goethe dijo a Eckermann: "La mente humana no podrá sobrepasar las alturas ni la cultura moral del Cristianismo, el cual brilla e irradia desde la altura de los Evangelios". Y hoy en día, un puñado de tinterillos escribidores, pseudo-revolucionarios, populacheros, en el frenesí de su muy superficial educación, pretenden hacer creer que ellos lo han hecho ya. Es indudable que se trata de un engreimiento muy inoportuno. Porque si el Cristianismo ha estado siempre tan en alto y ha sido siempre demasiado puro para que el espíritu humano lo pueda alcanzar sobre la tierra, y apenas ha servido como correctivo de la Vida, apelando a la conciencia, jamás hubo época ni mundo en que fuese más necesario que ahora, como disciplina moral, que en el presente, en cuya confusión y desorientación, aquellos que presumen de conquistadores del Cristianismo constituyen el peor y el más repulsivo ejemplo.

Donde quiera se haga necesaria la defensa de valores, o en donde la preservación de normas humanas de conducta de aplicación general corran peligro, el valor cultural del Cristianismo, respecto de la civilización occidental, debe exigirse con toda libertad y con absoluta firmeza.

El hombre: ser misterioso

Ya hemos hablado de un sentimiento humano religioso, que se levanta hoy en día desde el fondo de los sufrimientos; y en verdad creemos que ningún sentimiento más profundo para el problema de la humanidad surgirá de ninguna tendencia religiosa. No se trata de que la humanidad deba pretender hacerse religiosa mediante la deificación de los seres humanos. Bien poco motivo habría para esto. Pero la humanidad es religiosa en su veneración por el misterio que encierra el hombre mismo. Porque el hombre es, indudablemente, misterioso. En él, la naturaleza trasciende y se confunde con lo espiritual.

La tendencia—ya sea burlona o heroica—a apreciarlo únicamente como una manifestación natural, es muy fuerte hoy en día; pero, a pesar de ello, es completamente falsa. Desde que el hombre ha sido hombre, ha sido superior a la Naturaleza; esto más debe incluirse en su definición.

Es animal en una parte de su ser—pero también tiene nexos en otra muy distinta esfera—, en la del espíritu.

Su conocimiento le enseña a distinguir; es, como dice Dios en el Génesis: "en nuestra imagen"; sabe lo que es bueno y lo que es malo. Posee lo absoluto. Se le revela a él en sus pensamientos con respecto a la verdad, la libertad y la justicia; y con estas ideas, el sueño de la salvación de la insuficiencia de la Naturaleza está arraigado dentro de él: la aspiración hacia la perfección. Esa aspiración es perfectamente humana. El Arte bien la conoce. Y si, como se ha argüido, existe algún nexo entre el Arte y la Religión, no puede ser más que éste: la pasión por lo perfecto.

La salvación en la eternidad

Lo que la Religión y la Metafísica llaman la Salvación no se encuentra aquí, sino en la Eternidad. Pero ninguna aspiración religiosa debe contrarrestar nuestra buena intención de trabajar en pro del mejoramiento terrenal, que no ofenda demasiado a la razón y que reduzca la inevitable discrepancia entre la vida y la conciencia a su mínima, obtenible y humana expresión.

¿Socialistas?; sí, lo somos. No porque estemos dispuestos a creer, a pie juntillas, en la filosofía cultural Marxiana. Ver a la clase económica luchar como base creadora de la vida, y apreciar todo lo espiritual sencillamente como una "superestructura ideológica", no es de lo que aquí tratamos, por grande que sea la verdad histórica que esté contenida en esta teoría. Los productos de la Cultura y de la mente humana, ya sean científicos o artísticos, no pertenecen exclusivamente a una sola clase, según creemos nosotros.

No deseáramos renunciar a la convicción que tenemos de que los grandes descubrimientos y las percepciones de la Ciencia, los triunfos de un Newton o de un Einstein, los descubrimientos revolucionarios de la técnica y, muy especialmente, los productos creadores de la Filosofía y del Arte, son los actos libres de la humanidad entera—para cuyos triunfos, la emancipación del origen y de la clase—, una especie de evolución libertadora, resulta absolutamente esencial.

Trascendiendo las fronteras del Marxismo

Los grandes artistas y hombres de ciencia siempre han sido lo que podríamos llamar "Hijos Pródigos" de la estructura social, y su naturaleza jamás encuadra dentro de las limitaciones que ha señalado Marx. Cuando contemplamos los vuelos espirituales de un Goethe, hijo de patricios de Frankfurt, o de un Nietzsche, descendiente de un pastor protestante, nos resulta imposible admitir que tan gloriosos o tan trágicos destinos puedan en ninguna forma tener nexos de ninguna especie con las clases medias. El pensamiento

libre y valiente, la conciencia y la intuición, constituyen valores bien humanos; no nacen de la conciencia de clases sociales; de esto estamos perfectamente convencidos.

Y sin embargo, a pesar de nuestras convicciones, es perfectamente posible ser uno socialista, si junto con esta convicción va unida otra más amplia y más comprensiva; es decir, que es una posición falsa y destructiva, la de cualesquier persona inteligente y bien cultivada, la de despreciar las actividades sociales, económicas y políticas, y la de estimarlas como de importancia muy secundaria en relación con el mundo interior de la metafísica y de la religión.

La evaluación comparativa del mundo interior personal que contrasta con el mundo social exterior—el contraste que existe entre la Metafísica y el Socialismo—debido a lo cual se describe a este último como impío, como profano y como anticultural—como sencillo “eudaemonismo” y materialismo—esto ya no puede permitirse en nuestros días. En un mundo tan irracional y tan irreligioso como en el que vivimos, en un mundo en el cual la brecha entre el verdadero desarrollo espiritual y en el que en realidad pudiésemos haber alcanzado es tan enorme, la preferencia por la Metafísica, por una religiosidad interna que supere a la lucha en pro de un mundo mejor y mucho más duradero, no puede permitirse.

(Continuará)

México de Día y de Noche

Por JOSE JUAN TABLADA

Nuevo emporio artístico

AUNQUE tardío, es este homenaje a la Universidad Nacional de México por la creación de su Galería de Arte. Tan acertada ha sido, que no se explica cómo en un país de artistas y que tanto debe a los artistas, no haya existido desde hace tiempo un centro semejante. Se nos dirá que sí lo hubo y hasta palacio; mas sin negar este hecho, recordaremos que su mala organización lo inhabilitó, contrarrestando el inteligente celo y asiduo trabajar de Gabriel Fernández Ledesma. Las exposiciones realizadas por este idóneo organizador fueron notables, pero en ellas se intercalaban otras tan ajenas al criterio del artista como al título de “Bellas Artes” que con el Palacio comparte la Galería.

Y, naturalmente, los artistas de verdad y celosos de su buen nombre, se rehusaban a exponer en medio de tal promiscuidad... Además, el salón de exposiciones carecía de las condiciones in-

dispensables. No tenía luz adecuada ni espacios murales, y éstos eran sustituidos por mamparas que formaban una especie de laberinto, donde con los espectadores se perdían las probabilidades de que las obras artísticas fuesen examinadas y admiradas.

Florilegio de artes y letras

A remediar tanta condición negativa ha venido la nueva Galería Universitaria, sin alardes ni pretensiones, pero con eficacia ya demostrada en la calidad y cantidad de las obras plásticas y literarias que abriga en su local.

En su primer catálogo se expresan así los fines del nuevo emporio de Arte: “El propósito de esta Galería se aparta definitivamente de la intención que ha predominado hasta ahora en las galerías privadas con fines comerciales; porque no se trata de pedir al artista una producción de acuerdo con las exigencias de ninguna clientela, sino, por el contrario, de hacer valer los derechos del artista en una forma vigorosa y afirmativa y favorecer desinteresadamente la libre expresión artística”.

Ese mismo catálogo reproduce y explica en juicio de notorios críticos, obras de artistas de mayor o menor significación, pero interesantes todos. Aquéllos son: “Dr. Atl”, cuyo bello álbum “El Paisaje—Un Ensayo”, vende la Galería; Alfaro Siqueiros; Cantú, Federico; Castellanos, Julio; Cueto, Germán; Fernández Ledesma; Guerrero Galván; Izquierdo, María; Kahlo, Frieda; Lazo, Agustín; Magaña, Mardonio; Mérida; Montenegro; O’Gorman, Juan; Orozco Romero; Orozco, José Clemente; Ortiz Monasterio; Revueltas, Fermín; Rivera, Diego; Ruiz, Antonio; Ruiz, Guillermo; Tamayo, Rufino, y Zalce, Alfredo.

Los juicios sobre los artistas se deben a críticos autorizados como X. Villaurrutia, Cardoza y Aragón, Salvador Novo, Gorostiza, etc.; a artistas como Rivera, Mérida, Siqueiros, Eisenstein, Monasterio, y a escritores como Alfonso Reyes, Arqueles Vela, Gómez de la Serna y otros nacionales o extranjeros.

Gigantes y niños...

No en balde, a propósito de la Galería, hemos hablado de los artistas y de los críticos que los relevan y los revelan. Convendría al objeto de la Galería y al bien del público, que la Crítica, como lo quiere el inglés Clive Bell, ayudara a las masas a discernir la belleza de las obras. Lisa y llanamente, aunque los iniciados se vieran privados de los hondos conceptos, sutiles expresiones y cautivadoras imágenes con que los críticos poetas, es decir, *creadores*, suelen trasponer líricamente los significados plásticos.

Cuando Villaurrutia habla de los “ojos de los dedos”, expresa, en feliz síntesis, la verdad de que

lo que hay de fortuito, de gratuito: a los elementos de fiesta y voluptuosidad pura?

¿No es cosa saludable, no es cosa de sabia higiene dejar a veces las normas y la voluntad entregadas al vuelo y confiarse a los ritmos desconocidos? ¡Poder de abandonarse...! ¡Liberación del barroquismo, de decir de lo que dentro de nosotros hay de embriaguez y lirismo; de vagas nostalgias; de fuerzas y deseos contrarios a las reglas de la lógica! Acaso el arte, en realidad, no sería del todo imposible, a no existir estos elementos: carnales, oscuros, peligrosos y divinos; sin este romanticismo eterno de la naturaleza y de la sangre—elementos que la razón llega a veces a domeñar para imponerle el estilo de las grandes obras de arte. Todo arte es, acaso—como dice Blake—un maridaje de Cielo e Infierno; o, como decía Nietzsche, obra, al mismo tiempo, de Dionysos y de Apolo...

Tal es, poco más o menos, en el lenguaje de Eugenio d'Ors, el sentido de estos dos términos: clásico y barroco. Firmemente atado al mástil, Eugenio d'Ors no teme escuchar como Ulises el canto de las sirenas, y, seguro de arribar a buen puerto, se complace en viajar sobre este mar en que *OVE IL NAUFRAGAR E DOLCE*.

De *Les Nouvelles Littéraires*, París.

Medidas y Valores

Por THOMAS MANN

(Concluye)

El campo de la "Totalidad Humanitaria"

PERMITASEME repetirlo: tanto la política como la Sociología son parte integrante de la Totalidad Humana. Esta totalidad incluye a ambos—el mundo interior y el exterior—y por este motivo, es de especial importancia que el artista no permita a su impulso de humanizar ni de espiritualizar al mundo político-social que sea debilitado por el reproche de que ese interés que siente sea indigno de él, y esencialmente materialista.

El Materialismo—palabra que sirve para amedrentar a los niños y especialmente pérdida, por añadidura. A nombre de un pretendido idealismo, de lo que se trata es de reprimir la decencia humana, en nombre de la espiritualidad. Y a pesar de todo esto, el "materialismo" puede ser mucho más espiritual, más idealista y más religioso que cualesquier arrogancia sentimental que se incline hacia lo material. Porque no implica que nos debamos dejar tragar ni absorber por lo puramente

material. Implica, por el contrario, el objeto del artista, el de amalgamar la Naturaleza con la Humanidad.

Conocemos una sentencia del gran individualista Nietzsche, la cual suena completamente a Socialismo: "Blasfemar contra la "tierra"—dice—"no es el peor de los pecados: os conjuro a vosotros, hermanos míos, que permanezcáis fieles a la tierra. No enterréis vuestras cabezas por más tiempo en las arenas de las cosas celestiales: llevadla erguida, como cabeza terrenal, que algo significa sobre nuestro planeta. Permitid que vuestro generoso amor y vuestro discernimiento signifique algo sobre la tierra. Seguid mi ejemplo, y conducid a la extinta Virtud otra vez hacia la tierra. Sí, volvedla hacia el Amor y hacia la Vida, para que le dé sentido a la Tierra, un sentido verdaderamente humano".

Definición del Socialismo

Este constituye el Materialismo del espíritu, el regreso del hombre religioso hacia la tierra, la cual es símbolo de lo Cósmico para nosotros, los seres humanos. Y el Socialismo no es más que la imperiosa resolución de no esquivarnos de las más urgentes exigencias de lo material, de la vida social y colectiva, en las arenas del dominio de la Metafísica, sino que el de ocupar nuestro lugar al lado de quienes pretendan interpretar la Tierra—interpretarla en un sentido verdaderamente humano.

Respecto de nuestro "Programa", lo hemos expuesto en forma de Credo, el cual, necesariamente, lleva nuestro sello personal. ¿Deberá acaso, por ese motivo, ser demasiado individual, demasiado subjetivo, para que sirva como base para un ensayo de comunicación espiritual—tal como lo sería cualquier revista? Pero en lo personal hay diferencia de la obstinación enfermiza, en el hecho de que no le falta íntimo contacto con lo universal, con el pensamiento y con las aspiraciones de nuestro tiempo; y tenemos la absoluta seguridad de que hay muchísimas personas en muchísimos países—de hecho las mejores y las más bien intencionadas—que pueden unirse para llevar a cabo un programa de preservación y de libertad, tal como el que hemos procurado esbozar aquí, a grandes rasgos.

La aspiración hacia la libertad

No somos pesimistas, ni tampoco tan presumidos hasta el extremo de creernos únicos, ni fuera de lugar. Muy al contrario, creemos que el tiempo y la hora nos son propicios, bien escogidos, para lanzar una publicación de esta índole. El anhelo que sentimos por la decencia humana, por la libertad, por la razón y por la Ley—por Medidas y por Valores que nos son familiares, es una fuerza que no debe menospreciarse en nuestro mundo hoy en día. Si no nos equivocamos,

esta es una fuerza que ha crecido hasta llegar a inmensas proporciones, aún y quizás muy especialmente, en el país cuya lengua hablamos—y no deseamos guardar en secreto el hecho de que no es el menor, y que quizás sea el objeto primordial nuestro, merecer la confianza de aquellos en Alemania que esperan una época mejor. Proclamamos que nuestro más vehemente deseo es el de ayudar y de cooperar en el advenimiento que algún bendito día repondrá en ese país a las condiciones que ahora rigen. Si fracasásemos, echaríamos la culpa a nuestra propia ineptitud—no al impedimento mecánico que nos impide el contacto—porque indudablemente resulta absolutamente impotente para impedir que nuestras palabras lleguen a todos aquellos corazones que ansien recibir las.

El resurgimiento de la ecuanimidad

No—las condiciones internas no son desfavorables para un propósito como el nuestro; ni, llegada esta época, lo son tampoco las condiciones externas. El primer trastorno, la perplejidad y la parálisis experimentada por la Democracia Europea, que le han causado las desvergonzadas pretensiones y los ataques de la Oposición seudorevolucionaria, ya han cesado. En el momento actual, lo que verdaderamente merece llamarse "Europa"—a la que una propaganda estúpida, medrosa, pretendía denigrar llamándola senil y decadente, ha comenzado a recobrar su equilibrio, la conciencia de su propia fuerza y de su magnetismo.

Y la *pose* verdaderamente juvenil, afectada por aquellos que creyeron que ya habían triunfado sobre Europa, basándose en la alarmante vulgaridad y en la malevolencia de su campaña, toda esta estúpida y presuntuosa charla respecto del porvenir, ha comenzado a hundirse diariamente, más y más, en la ridiculez.

Estudiando desapasionada e imparcialmente, salta a la vista que la Dictadura no solamente no prospera, sino que, fundamentalmente ya está prácticamente confundida—y que aún antes de que por sí sola se haya reducido a lo absurdo, se encontrará abandonada y desertada por la juventud. La influencia hipnótica que por un tiempo emanó de estas depresivas ideas que han dado en llamarse "fascistas" ya va en retirada bien visible. Como moda intelectual, el Fascismo puede ya considerarse como completamente anticuado.

Nuevos haberes de la libertad

Y todas las seducciones de la novedad, de la esperanza, del porvenir y de una gozosa movilización del espíritu se encuentran ahora de parte de la Libertad y de la Humanidad, de una humanidad nueva más perfecta, por la cual tendrá que lucharse, que trabajar, para poder llegar a su realización; una humanidad que sea reverente y que

ame la Verdad—que ejerza sus fuerzas tanto en pro de la conservación como de la innovación, en pro de la piedad y también en pro de la Libertad; el tipo de humanidad que, según tenemos la firme convicción, creará la atmósfera espiritual de la Europa del mañana.

Al servicio de esta Causa, en esta lucha abierta en pro de una humanidad nueva y mejor, se dedicará de lleno esta publicación. Necesitará de la cooperación de todas las fuerzas, tanto de la experiencia como de las de la juventud, de todos aquellos a quienes verdaderamente interesa el destino de la humanidad, de los pueblos de Europa y de la Alemania europea: de todos aquellos quienes, en aras de estos objetivos, se encuentren dispuestos a desentenderse de sus nexos personales, políticos y sociales, y a trabajar empeñosamente por el bien de la comunidad humana. También necesita de la confianza de sus lectores y de sus verdaderos amigos, quienes interesados en esta magna tarea, se encuentren dispuestos a acompañarnos, a darnos valor, y a proporcionarnos ayuda. Necesita de la absoluta libertad de expresión, la cual se ha convertido en un rarísimo privilegio en esta parte de nuestro mundo.

Buscando un camino

Pero no tenemos ni sentimos ningún interés en polemizar; por el contrario: nuestro problema es de carácter exclusivamente constructivo. Lo que deseamos, ante todo, es estudiar el modo y trabajar en el proyecto de resolver qué es lo que debemos hacer, cuál es el camino que deberemos seguir. Las acusaciones y las discusiones son de carácter muy secundario—tarea subordinada—, aun cuando el trabajo incisivo del cincel es, materialmente, inseparable de todo esfuerzo constructivo.

"Me alegro infinitamente—decía Goethe—, de que haya cosas a las que odio de todo corazón. Porque nada mata el espíritu tan eficazmente como la certeza de que todo está bien en la forma que está. Esa es la destrucción de todo genuino sentimiento humano".

Creer hoy en día que todas las cosas están bien en la forma en que están, destruiría todo sentimiento, y no nos dejaremos privar del odio que sentimos hacia todo lo que es malo.

No criticaremos por el gusto de criticar, ni solamente por inclinación al razonamiento abstracto como tal, sino únicamente como base para la reflexión espiritual y como anhelo moral, con el expreso objeto de fijar nuevamente las Medidas y Valores exactos. Pero hasta donde tengamos que emplear la crítica con ese expreso objeto, esa crítica forzosamente tendrá que ser irrestricta. Contamos con aliados y con partidarios en todas las naciones y en todas partes del mundo. Lo sabemos. Sabemos también que la tradición del espíritu alemán—aunque esto lo nieguen en su propia tierra natal los portavoces carentes

de autoridad—es absoluta e inalterablemente europea y humanitaria. Si iniciamos nuestra tarea o nuestro propósito desde una plataforma netamente alemana, lo hacemos precisamente para que este espíritu alemán cuente con una válvula de escape, a través de la cual pueda libremente y sin reservas de ninguna especie, ser digno de sus verdaderas tradiciones y en donde, junto con sus hermanos en otras naciones, pueda expresar sus pensamientos y sus aspiraciones.

Y ojalá que los resultados que se obtengan justifiquen todos nuestros anhelos.

Del *New York Times*.

La Novela y la Conciencia Moral

Por LEO FERRERO

ALGUNOS países poseen una espléndida literatura novelística, otros no. Todo el que se haya ocupado un instante de materias literarias lo habrá advertido. Digo literatura novelística y no literatura, porque la floración de la novela puede faltar en un país literariamente grande en otro aspecto, en la lírica, por ejemplo.

Este hecho por sí sólo plantea un problema.

Si vemos pueblos que durante toda su historia no han tenido novelas, y pueblos que las han tenido siempre (y por novela no entendemos solamente en estas páginas el género literario cultivado más que ningún otro por el siglo XIX, sino cualquier narración con personajes fantásticos que se mueven dentro de un ambiente), quiere decir que para prosperar la novela necesita cierta atmósfera.

¿En qué consiste, a punto fijo, tal atmósfera? ¿Qué tierra, qué agua, qué aire requiere ese árbol literario para echar raíces?

Puede decirse desde luego que la novela necesita cierta libertad. La circunstancia de que muchos países no fuesen libres hasta la Revolución francesa, explica en parte por qué los escritores se inclinaron a la lírica, pues la expresión de los sentimientos individuales ofrece menos peligros que la crítica social. Explicación insuficiente; la verdad es que la novela sólo puede florecer entre pueblos que tengan profundo sentimiento de la justicia precisamente porque la novela es "la creación de la conciencia moral".

Tal observación, fruto del sentido común más sencillo, podrá maravillar quizá a los estetas modernos que se han habituado a no ver en el arte más que el problema de la forma; pero nosotros, que no somos estetas y que estamos hablando ahora con público que lee simplemente las novelas y da sobre ellas su juicio emotivo, trataremos de seguir siendo humanos aun en medio de nuestros raciocinios.

¿Qué es, pues, una novela?; ¿de qué materia está hecha?

Recorramos, por ejemplo, la literatura francesa desde fines del siglo XVIII, en que Rousseau y Voltaire inician la guerra contra el viejo régimen, desde principios del siglo XIX en que Balzac reconstruía grandiosamente la historia de la sociedad francesa, en sus momentos cruciales, en que Musset escribía *Les confessions d'un enfant du siècle* y Víctor Hugo *Les misérables*; hasta Flaubert que escribía *L'éducation sentimentale*, crítica sentimental, y *Bouvard et Pécuchet*, crítica cultural de su generación; hasta Zola que con los ásperos *Rougon-Macquart* llenaba de ecos el universo; hasta Anatole France que en cada libro rehacía la historia de aquel grandioso y tempestuoso proceso Dreyfus en el que habían tomado gloriosa parte todos los intelectuales, hasta Barrés que escribía *Les Déracinés*, cuadro social y político de Francia después del 70. Desde todos los puntos de vista, entrecruzados como las cintas luminosas de los reflectores que vagan en la noche, estos novelistas iluminan, critican, atacan, defienden en tumulto grandioso y fructífero, la vida social, política, sentimental y filosófica de Francia; viven y crecen con el país; participan de sus luchas políticas porque son hombres como los otros hombres, ponen la pluma al servicio de las grandes ideas morales y sociales que se renuevan en el curso de su historia. No por eso omiten el examen psicológico, el estudio de los dramas privados y de las pasiones individuales, pero lo insumen en la gran tragedia del momento. Hasta un novelista regurosamente psicológico como Maupassant, escribió sus obras maestras cuando se hallaba a merced de una pasión nacional, el odio contra los prusianos, pasión concreta, sangrienta, que nadie podrá coronar de laurel porque no se nutre de ritmos.

La creación en efecto es casi siempre como una blanda compresa que se extendiera sobre el cuerpo: con las pasiones invade a los hombres la necesidad de crear. ¿Y qué pasión posee valor universal como la justicia, que es, en suma, el substrato verdadero y profundo de toda pasión política? Empezando por Tácito—antes novelista que historiador—que, acabados los tiempos solennes y terribles de la tiranía, escribía para vengar el dolor que había sufrido frente al espectáculo de su país, hasta Gogol y Chekov, animados por la visión de una Rusia moribunda en su estéril inmensidad, casi todos los más grandes novelistas sufrieron los males que afligían a su época y a su patria; sus escritos no son más que una rebelión de la conciencia expresada en espléndido estilo.

¿Qué otro sentimiento puede animar a un novelista fuera del sentimiento moral? Vemos que a veces de la pura observación pueden brotar primores, pero jamás surge una vasta obra ni una